

al Autor de todo bien por el favor que le hacía, dignándose asociarla al privilegio mas dulce y mas glorioso de su Divinidad, es decir, permitiéndole derramar en torno suyo algunos beneficios; un día que cumplía ese tierno deber, tuvo esta visión. Miraba en los cielos una admirable luz hacia la cual subía ella con otras almas que la acompañaban, y con ellas iba á entrar al paraíso! Entonces miraba venir á los ángeles, á los bienaventurados, y á todos los escogidos del eterno reino, revestidos de deslumbrante majestad, y á María Santísima que con una diadema en la frente se ostentaba en medio de ellos, mil veces mas hermosa, mil y mil veces mas brillante de luz y de gloria! Y en tanto que Liduvina se embriagaba de dicha con este espectáculo, suntuosas mesas se iban aderezando, pues los santos iban trayendo en vasos preciosos y poniéndolos en las mesas, vinos y manjares. Y un ángel, desprendiéndose del coro glorioso de los espíritus, habíase llegado á la humilde virgen, y saludándola con respeto le decía: "Liduvina, ves esos vinos y esos manjares en las mesas? pues esas son tus limosnas." Y la virgen con inexplicable felicidad veía aquellas groseras viandas que daba á los pobres, transformadas allí como en viandas celestiales, exhalando un divino perfume; veía que el vino que había enviado en vasijas de barro á los enfermos y ancianos, era ahora allá en el cielo como un vino de vida inmortal, encerrado en vasos de oro.

La santa escuchaba también incomparables sinfonías, y después, dando la Santísima virgen la señal, comenzaba el festín. Los ángeles, los profetas, los apóstoles, los mártires, los sacerdotes y todos los santos, habían ocupado un lugar en el banquete: Liduvina se hallaba con ellos y entre ellos, ella servía á todos

esos escogidos de Dios y ellos la servían también á ella! Con ellos y como ellos era bienaventurada!

Así glorifica Dios en el cielo, las limosnas dadas en la tierra. El hacer limosna, es dar prestado á Jesucristo; pues que su Majestad ha dicho: "Lo que hiciéreis con el mas pequeño de los míos, conmigo lo habeis hecho!"

CAPITULO XI.

CARIDAD Ó CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS.

Sabios consejos que dá Liduvina á los jóvenes, á los artesanos, á los ricos, á los esposos, á las almas inquietas é inconstantes, á una viuda, á un religioso llamado al Episcopado.—A todos recomienda el trabajo, el cumplimiento de los deberes de su estado, la obediencia á la Iglesia y á los superiores, la caridad.

LIDUVINA sabía que además de la miseria de los cuerpos, hay otra miseria mucho mas dolorosa, que es la de las almas! Y por consiguiente, mas allá de la caridad que se ocupa de las necesidades temporales y tiene cuidado de los sufrimientos de la carne, del grito del hambre y del frio, hay otra caridad que tiene cuidado del alma, que se esfuerza en curar sus ignorancias y sus llagas, que la moraliza y la rehabilita, trayéndola al camino de sus gloriosos destinos. En otros términos: aparte de la limosna del pan y del vestido, hay la limosna de la verdad y de la virtud, la limosna de la instrucción y del consejo: son dos carida-

des y dos limosnas, que vienen á ser como dos hermanas que andan siempre juntas y dándose la mano, la una es del tiempo, mas la otra es de la eternidad; esta es la tierra, mas aquella es el cielo!

Como llevamos dicho, bien sabía esto Liduvina, y cuánto la caridad que hace bien á las almas excede á la caridad que hace bien á los cuerpos, tanto mas fervor y ardiente pasión encontraba en su corazón y en su fé por la limosna que moraliza que por la limosna que alimenta. Un celo de fuego la devoraba; y hubiera querido en los impulsos de ese celo santificar al mundo entero! De cerca ó de lejos, ya por los consejos que daba, ya por las súplicas que enviaba, y por todos los medios de que podía disponer, érale preciso ganar almas á la verdad y á la dicha verdadera, es decir, á Jesucristo.

Por otra parte, un vasto campo se le presentaba, su aposento que no llegaba á desocuparse de visitantes piadosamente ávidos de oírla, trocado como en un santuario en el que se ejercitaba un apostolado tan fecundo como extenso: personas de todas edades y condiciones se reunían al derredor de su pobre lecho, y había entre ellas, artesanos, hombres acomodados, mujeres de todos rangos, jóvenes, ancianos, ilustres y grandes señores, sacerdotes, religiosos, y aun Obispos! Y á todos, aun á estos últimos daba admirables consejos la santa crucificada. Liduvina no era mas que una joven humilde é ignorante, sin letras, ni estudio ninguno; mas no obstante, había aprendido lo que no se aprende en los libros de los hombres ni en las lecciones de los mas grandes maestros; pues con su fé y con su amorosa paciencia, había aprendido á leer y leía muy bien en el libro divino de la cruz!

Qué ciencia tan profunda mostraba muchas veces!

qué celo tan ardiente desplegaba cuando se ponía á hablar de los intereses de la salvación, cuando quería enseñar á los justos los medios de la perseverancia, y á los pecadores los de su rehabilitación! Entonces su palabra era dulce, apremiante, y llena de unción! siempre se sacaba algún provecho y siempre se sentían salir mejores al separarse de la piadosa virgen, los mundanos se sentían con menos apego al mundo cuya vanidad les hacía palpar; los jóvenes decididos á llevar una vida regular cuyos encantos había sabido hacerles comprender; los sacerdotes se sentían abrasados de un generoso entusiasmo, de respeto y de amor por la sublimidad de su vocación y la santidad de su ministerio.

Mas sobre todo, las jóvenes eran las que mas excitaban su tierna solicitud, y á su juicio, el mas grande peligro y el veneno mas mortal para la inocencia de la juventud, era la ociosidad: *Nó, nó;* les decía, no estéis jamás un sólo instante ociosas! Ah! cuando os mostrais piadosas y modestas, cuán hermosas apareceis delante de Dios! Mas vivid con cuidado, porque en la ociosidad teneis un enemigo terrible que siempre os espía para arrebatáros la corona, y que por otra parte no viene jamás sólo, porque en pos de la ociosidad vienen siempre la disipación, el placer, el amor de los adornos, el orgullo y mil funestas relaciones!

Amigos míos, decía también Liduvina á los artesanos: amad vuestra profesión y amad el trabajo. Vuestra profesión es una nobleza, puesto que Jesucristo fué artesano como vosotros. El trabajo es el honor y la alegría, juntos con la comodidad, así como la falta del trabajo es el vicio y la vergüenza con la miseria por añadidura.

Aun á las personas acomodadas, aconsejábales al-

gún trabajo ó comercio, ó en fin alguna ocupación cualquiera que fuese. "Qué debo hacer yo en mi nueva posición?" le preguntaba una viuda que había venido á consultarle.—Trabajad siempre, le respondió la santa.—Mas yo no tengo hijos.—No obstante; trabajad.—Sin ser rica tengo lo suficiente para pasar en paz el resto de mis dias;—Pues de todos modos trabajad—Mas, ¿para qué trabajar pues todos mis deudos han muerto y no tengo ya que temer la miseria?—Trabajad, señora, os digo! trabajad para evitar la más peligrosa y terrible de todas las miserias, es decir, la ociosidad.—Pues ¿qué clase de trabajo quereis entonces que yo emprenda?—El mismo que os ha dado hasta aquí buen resultado; y ya que sois tan hábil en la confección de telas de lana. es necesario que volvais á ese trabajo.—Mas Liduvina, mirad que ese retorno al comercio, puede bien arrastrarme á la codicia, y al mismo apego á los bienes de este mundo, y temo con ello exponer mi alma á nuevos peligros.—Ay! hermana mia, pues yo temo aun más para vos las tentaciones de la ociosidad. Por otra parte, contra la codicia hay un remedio fácil é infalible, trabajad para los pobres; ó á lo menos, á nombre de Jesucristo y por su amor, compartid con los pobres los beneficios que obtengais de vuestro trabajo, y de este modo os aprovechará grandemente, lejos de acarrearos mal ninguno.

Quando llegaban personas casadas pedíanle consejos, y les aconsejaba ante todo, la cristiana y santa unión. "En eso, les decía, consiste el gran secreto de embellecer vuestra vida. Sí, amad á Dios, y permanecer siempre en paz. Orad juntos y soportaos mutuamente, hablad muchas veces por la oración el lenguaje de los ángeles, hablad por la paz, el lenguaje de los santos, y Dios descenderá en medio de vosotros, vi-

niendo como en los primeros dias del mundo á pasearse en el paraíso terrestre de vuestro corazón, para tratar allí familiarmente con los pensamientos y deseos de vuestra alma."

A aquellas personas inquietas y variables que siempre están prontas á maldecir el estado de vida en que se encuentran, y á codiciar el que no es suyo, les decía: "guardaos bien de semejantes ideas. . . no queráis pues, hacer cambiar de residencia á la santidad suponiéndola posible en todas partes menos en donde os encontráis. Sabed que la santidad no se halla ni en otro lugar, ni en otro estado, sino precisamente en el que Dios ha querido colocaros, en ese estado bien comprendido, y cristianamente aceptadas sus dificultades con valor y sus penas con resignación, es en donde Dios quiere salvaros.

El hombre más santo no es el que tiene un estado más santo, sino el que cumple mejor los deberes del estado en que la divina Providencia le ha colocado.

"En cuanto á vos, le decía á un religioso que pasaba su vida en cambiar casas con la esperanza de cambiar de conducta, y llegar así á mayor perfección; os engañais extrañamente hermano mio: os pareceis á un hombre que afligido al verse pobre se imaginase viajar con cuantiosas expensas para llegar á enriquecerse. Contad todos los gastos de piedad en sueños, en deseos, en cuidados, en paseos y en disipaciones de toda especie cada vez que entráis en alguna nueva comunidad. Sumándolo todo mirad qué habeis ganado? Vuestra pobreza espiritual ha crecido lejos de disminuir á causa de los gastos del camino, ved allí todo! No llegais á ser mejor en la nueva casa que en la que acabais de dejar, porque por todas partes os llevais á vos mismo y en cualquier lugar os encontrareis siem-

pre con vuestras propias miserias y nunca os santificará tal ó cual localidad, dejad pues todos esos inútiles cambios, tristes viajes del alma, que no hacen mas que arruinarla: en fijando vuestra tienda en el lugar en que Dios os ha colocado, fabricad en el fondo de vuestro corazón como una santa ermita en la que gustareis encerraros para orar en silencio, para cultivar la humildad y la renunciación, bajo las miradas de Jesucristo; y vereis cómo entonces vuestra soledad florecerá, y cómo muy pronto os enriquecereis, haciendo cada día una abundante cosecha de valor y de piedad, de gracias saludables y de generosas virtudes."

Mencionaremos aquí una de las preocupaciones más vivas del celo ilustrado y piadoso de Liduvina, y era, que se esforzaba en todas ocasiones en inspirar á cuantos la trataban una inquebrantable fidelidad á la Iglesia católica. "Obediencia! obediencia! se complacia en repetir: el niño no aprende á andar y á hablar sino obedeciendo á su madre, el discípulo no se hace hábil en la ciencia sino pidiendo instrucciones, es decir obedeciendo á su maestro; y la Iglesia para el cristiano es una madre y un maestro, y el único maestro que puede eficazmente enseñarle, porque Jesucristo mismo es el que habla por su boca.

Por otra parte, añadía, quíerose ó nó, cuestión es de vida ó muerte. Con la Iglesia teneis infaliblemente la luz, la verdad y toda la perfección; mas si dejais de bendecirla, dejareis inevitablemente de orar, de confesaros, de comulgar, y en una palabra, de ser cristiano en la práctica. Y como siempre es necesario que obedezcais, no obedeciendo ya ni á Jesucristo ni á su Iglesia, vendreis á obedecer al hombre, es decir á la pasión, al orgullo, ó al ódio, á la ambición ó á la voluptuosidad, ó lo que es lo mismo, á la degradación y

á todas las miserias del vicio á donde caminais!" Así pensaba la santa, del desprecio de la autoridad y de los mandamientos de la Iglesia como el síntoma más horroroso que pudiese caracterizar el estado moral de un pueblo ó de todo un siglo. "En el seno de la Iglesia, decía también, obedeced á vuestro confesor que tiene su lugar y continúa en su nombre cerca de vosotros la misión de Jesucristo. A él y á todos los superiores que el cielo os ha dado, obedecedlos siempre y en todo, humildemente, sin vacilación, y de buen corazón, absolutamente como si Dios mismo os hablase; y en esta obediencia encontrareis el reposo del alma, y no lo encontrareis mas que en ella!"

Un religioso del Orden del Cister, se presentó un día en casa de nuestra virgen, pues una terrible noticia había venido á turbar en su celda; habiéndole anunciado que estaba designado para el Episcopado, y vacilaba y se espantaba ante la inmensa responsabilidad que iba á pesar sobre él y no podía decidirse á aceptar el terrible honor que le ofrecían, por lo cual venía lleno de angustia á consultar á la admirable crucificada. "Liduvina, le dijo, aparentando hablar de otro, porque no quería que conociese que de él se trataba, uno de nuestros hermanos es llamado al Episcopado; mas él resiste, porque cree no tener ni los talentos ni las virtudes que reclama tal dignidad, antes el sentimiento de su debilidad y la perspectiva de los grandes peligros que le esperan, todo lo llenan de horror, y sólo piensa en rehusar. ¿Qué decís vos de eso?—"Padre mio, respondió la virgen, que no se engañó de ninguna manera acerca de la persona de quien se trataba; Padre mio, antes temo que todas esas magníficas razones no vayan á ser mas que un subterfugio. Decidme vos: por regla general, ¿no está obligado un hombre

á obedecer cuando los superiores ordenan?—Sí;—Y cuando este hombre, además esté ligado por los votos de religión ¿será dueño de sí mismo, y podrá á su voluntad disponer de su persona?—Nó.—Pues desde luego, Padre mio, la cuestión parece terminada. No me habéis ni de incapacidad, ni de pretendidas imperfecciones, pues el verdadero juez en ese doble punto, de ordinario no debe ser el súbdito sino sólo el superior. Si uno es dueño de temer, y de huir los honores, bien puede someter á la autoridad sus respetuosas observaciones; mas después de ésto, el resistir aún, ya no sería humildad cristiana, sino rehusar ocupar el puesto asignado por Dios mismo, para hacer únicamente su propia voluntad; ó en otros términos, esto es desobedecer! Y además, en ese camino, Padre mio, las gracias son raras, los escollos numerosos, y encuéntranse peligros mucho más terribles que los que se habían pretendido evitar." Y la sierva de Dios había dicho la verdad; porque nuestro religioso, obstinándose en su negativa pasó más tarde por tales tribulaciones, que confesó que mil veces le habría sido mejor aceptar humildemente aquel honor lleno de peligros que él no había buscado, y contra los cuales la gracia de Dios lo habría protegido, que permanecer en la obscuridad en contra de la obediencia y por amor al reposo y á la libertad.

A todas esas enseñanzas y á cada una de esas inspiraciones de su celo, la santa mezclaba siempre una dulce unción y las apremiantes lecciones de su caridad. "Amémonos mutuamente," decía, y daba ella misma el ejemplo de una tierna caridad. Este es el gran mandamiento, esta es la primera y la más elevada de todas las virtudes, y en ella se encuentra la perfección en toda su plenitud! Muchas veces se le oía exclamar

con acento lleno de dolorosa tristeza. Ay! ¿por qué nos amamos tan poco unos á otros? ¿no somos hijos de un mismo padre, reunidos á una misma mesa por los mismos sacramentos? no somos todos herederos de las mismas esperanzas y ciudadanos futuros de la misma patria? Por qué, pues, muchas veces nos odiamos y nos destrozamos como enemigos en el campo de batalla? Por qué esas divisiones, esos procesos y esas quejas? Por qué esas maledicencias y esas calumnias? Ah! esto es emplear muy mal nuestro tiempo! Mayores cosas tenemos que hacer! Hay tantos niños, ancianos, enfermos y pobres que piden socorro! Hay tantos dolores personales, que nos asedian á nosotros mismos! ¿qué insensatos somos! Navegando en la misma nave, perdidos en el mismo océano, y destrozados por la misma tempestad, en vez de darnos la mano y ayudarnos mutuamente para endulzar el horror del pasaje, ponémonos á disputar y á querellarnos ¡al mismo tiempo que las olas amenazan sumergirnos.

Tendamos la vista en torno nuestro: Cuánto bien no podemos hacer al pobre, al ignorante, al alma afligida, al joven á quien la inexperiencia pierde, con un afectuoso consejo, con una sola palabra dicha á propósito y salida del corazón!

CAPITULO XII.

CARIDAD Ó CELO POR LA CONVERSIÓN DE LOS
PECADORES.

Severidad de Liduvina para con algunos pecadores.—Confunde á un visitador mal intencionado.—Una falsa devota.—Si, Principe, llorad!—Peligros de una mala amistad.—Una fácil penitencia se hace dura y saludable.

El celo de Liduvina estaba siempre animado de una santa libertad, pues reprendía á los pecadores con la independencía de un apóstol; y á veces llegaba hasta castigar severamente á los que venían con algún pensamiento culpable. Un día vino un recaudador de rentas, hombre orgulloso, codicioso y muy avaro, á quien la santa no había visto jamás ni conocía de ningún modo. Aquel hombre venía con el único fin de molestarla con preguntas insidiosas, y traía consigo muchas personas á las cuales había dicho: ya vereis! yo me encargo de mostraros lo que es esta joven á quien tanto admiran, y con sólo dos ó tres preguntas me prometo confundirla! Liduvina, le dijo, respondedme: Si Jesucristo se mostrare á vuestra vista oculto en la hostia que se expone en el altar, y al mismo tiempo se os apareciera en otra parte viniendo bajo su figura natural, decidme ¿á cuál de los dos tributaríais vuestras adoraciones? La virgen nada quiso contestar, solo se vieron correr dos lágrimas de sus ojos, hasta que al fin con imponente dignidad respondió: "Muchas veces me han hecho para tentarme toda clase de preguntas; mas no me acuerdo haber oído jamás una tan penosa como

la que acaba de salir de la boca de éste hombre de cobre y de plata!" Esas solas palabras fueron como un rayo. Todos los visitadores espantados ante la santa de quien sabían no ser conocidos, y que no obstante descubría tan pronto la profesión así como el odioso vicio y la culpable intención del que había hablado, avergonzados y confusos, sin hablar una palabra se alejaron precipitadamente, pues el desgraciado receptor, ya se había apresurado á dar el ejemplo.

Esta severidad de nuestra santa alcanzó otra vez á cierta joven que hacía algún tiempo acudía con frecuencia á su casa. Con una habilidad que hubiera engañado á los mas perspicaces, se daba grandes aires de devoción, no hablaba mas que de piedad, y afectaba la virtud más austera, procurando de este modo ganar pronto el afecto de la piadosa enferma, ó de las personas que la rodeaban. Mas Liduvina había leído en aquella alma, y había descubierto en ella, con espanto, una horrorosa depravación. Al principio le tuvo paciencia y se limitó á oraciones y consejos; después no adelantando nada, antes previendo nuevos lazos y temiendo un funesto contagio para las jóvenes á quienes amaba como madre, se decidió á terminar. Un dia pues, que dicha joven se jactaba más audazmente que nunca de piedad y de virtud, le dijo Liduvina. "Así, vos sois una joven devota, ó á lo menos lo decís?—Mas así como lo pienso no lo pensais también vos, Liduvina?—Yó? respondió la santa? Pues bien! si quereis saber lo que yo pienso, os diré que veinte y cinco devotas como vos, podrían bailar muy bien en la punta de una aguja!" El golpe había dado en el blanco, la culpable joven se levantó y desapareció por completo. Ay Dios mio! qué és lo que habeis hecho? preguntó muy conmovida una de las jóvenes que es-

taban presentes, qué és lo que acabais de decir? Por qué difamais así á ésta piadosa joven? un escándalo es este que nos dais!—"Dejadla, dejadla marcharse, respondió la virgen, Dios sabe lo que es esa mujer! en cuanto á su piedad si quereis una muestra id á buscar á esta pretendida devota y á solas con ella reprochadle solamente un leve defecto que le habreis conocido, y yo acepto la prueba. Sí, consiento en que la creais verdaderamente devota si os escucha humilde y paciente; más si á la primer palabra prende el fuego, si la veis levantarse delante de vosotras como una leona atacada por el cazador, vuelvo otra vez á decirlo: nó, no me hableis más de ese vaso de devoción, que no es mas que un vaso cascado y vacío." Como lo dijo, así lo hicieron aquellas jóvenes que querían justificar á la pobre inocente. El dia siguiente fueron á su casa: mas pronto volvieron. "Y bien? preguntó la virgen—Razón teneis, Liduvina, le dijeron: una sola palabra, la más sencilla, bastó para enfurecerla. Ah! si la hubiéseis visto! no era ya una mujer, sino una pantera, y al primer golpe, la piedra de toque había cambiado el ángel de virtud, en un demonio desencadenado! Algún tiempo después vinieron á contar á Liduvina que aquella joven había muerto de un modo lastimoso, é inmediatamente se puso á orar por ella; pero su buen ángel se le apareció diciéndole: "Dejad de hacer oraciones inútiles, porque esta alma ha caido para siempre en el abismo cavado por el vicio y la hipocresía!"

Liduvina no usaba de esta libertad de corrección solo con los humildes y pequeños, pues aun los grandes y los personajes más ilustres no eran tratados con más miramiento cuando el bien de su alma lo exigía. Un Príncipe extranjero, célebre en los fastos de la época, se hallaba un dia cerca de la virgen. El de-

seo de hablar á la santa acerca de graves negocios de conciencia, le había traído hasta allí. Mas cuando fué preciso declararse como lo deseaba, el valor le faltó, comienza con rodeos hablando vagamente y perdiéndose en difusos discursos. "Príncipe, le dijo al fin Liduvina, llegad de una vez á los hechos; vos me estais hablando mucho de ciertas faltas ligeras: mas hay otras miserias mucho mayores en vuestra alma. Y ella misma puso el dedo en la llaga. Príncipe, vos, habeis cometido tal y tal enorme pecado, sois pues un gran pecador! El hielo estaba roto, y el Príncipe se puso á verter un torrente de lágrimas. Sí, llorad lágrimas de sangre: mas sobre todo, Príncipe, haced una sincera y humilde confesión, comenzad desde hoy una solemne reparación, y en seguida tened confianza! Vuestras lágrimas moverán al gran Rey ante quien no sois mas que polvo y ceniza; el arrepentimiento os dará la paz, y la penitencia os elevará hasta la gloria! Id pues, y no lo olvidéis jamás: si no salvais vuestra alma ¿de qué os servirá la noble corona que portais? El Príncipe se alejó sinceramente convertido, pues Dios le había hecho esa grande gracia; y apenas vuelto á sus estados deja de existir!

Habia en Squidam una mujer que llevaba una vida deplorable: joven, rica, libre de toda sujeción, y además apasionada por los placeres, no sólo se había entregado á los más lamentables desórdenes, mas á fuerza de festines y de fiestas atraía á su casa y parecía que se había propuesto pervertir al mayor número de almas posible. Liduvina había ensayado al principio poner un término á tantos escándalos, trayendo al bien á la infeliz que los causaba; advertencias, tiernas súplicas, aun amenazas de la justicia de Dios, nada había perdonado. Mas aquella era una alma en-

durecida, á quien ni amenazas, ni ruegos, ni nada había podido conmover. La santa había comprendido que lo único que le quedaba que hacer era arrancarle á esta desgraciada las víctimas que pudiese, y en efecto habíase dedicado á esta obra.

Entre los convidados de esta mujer escandalosa había uno á quien su rango y su carácter, y algunos servicios recomendaban mas especialmente á la afectuosa solicitud de nuestra santa. Un dia le mandó llamar y le dijo: "Señor, yo quiero suplicaros que rompáis con esa mujer que os está perdiendo; vuestra dignidad, y el honor de vuestra reputación, todo os impone el deber de hacerlo! mas sobre todo tened compasión de vuestra alma en peligro, bien veis que vuestra vida, ejemplar en otro tiempo, es al presente un grave escándalo; muy bien conoceis que con tal vida amontonais sobre vuestra cabeza los carbones de la ira del Señor. Ah! prometedme no volver á ver más á la casa de esa desgraciada y criminal mujer! El pecador lo prometió todo: mas apenas salió de allí, corrió á la casa de su cómplice á divertirse, y se entretuvo, sabe Dios euánto en hablar de lo que la virgen le había dicho: todo el resto del dia se pasó en una loca alegría, un estrépito continuo de gozosas risas y de espirituales salidas.

Mas desgraciadamente el cielo no se reía; dos ó tres dias después, y á la mitad de una hermosa fiesta, ésta mujer cayó muerta! "Madama N. ha muerto!" vino á decir á Liduvina el personaje que conocemos: Dios mio! qué habrá sido de ella?—Quereis saberlo? respondió la santa—Cómo? podeis vos darme alguna luz sobre su suerte eterna?—Yo puedo aun más que eso; dijo Liduvina, pues puedo mostrárosla á ella misma si así lo deseais.—Hablais de veras? pues no deseo otra cosa.—Pues bien: vos la vereis. Dios es bueno y todo-

poderoso, y voy á pedirle esta gracia para vuestra salvación. Apenas había vuelto á su casa cuando tuvo aquel una terrible visión, el infierno con todos sus horribles horrores, parecía abrirse á sus pies, y á sus mismas miradas. "Mira bien, le dijo, una potencia sobre humana," y entonces en el fondo del abismo y al través de las llamas que remolineaban, en medio de una legión de demonios horrorosos, reconoció, presa de inenarrables torturas á aquella misma mujer por quien lloraba. Imposible es describir el espanto que le causó este espectáculo, hacía ya tiempo que la visión había desaparecido y allí permanecía aún, pálido, la frente bañada en sudor frío y las rodillas chocándose una contra otra de terror!

Mas oh y qué cosa es la debilidad ó la pasión humana! Y cuán cierto es lo que dice el Evangelio que el pecador que rehusa creer á Moises y á los profetas, no creerá tampoco al que para venir á predicarle resucitase de entre los muertos! Este hombre por un momento atemorizado, se aseguró muy pronto. Pasado aquel primer horror, díjose á sí mismo que todo había sido engaño de su imaginación, y que esta visión no era mas que una ilusión de sus sentidos, y una mera alucinación, concluyendo por creer que no podía hacer cosa mejor que reirse de aquella ocurrencia; y esto era lo que mejor convenía á sus pasiones. No obstante, Dios se dignó advertirle aún dos veces, reduciéndolo á un estado de crueles sufrimientos, de los cuales Liduvina por sus oraciones le obtuvo la curación. Mas las pasiones volvieron á recobrar siempre su imperio, y Dios en fin le hirió con una terrible enfermedad. Inmediatamente el pecador mandó de nuevo á suplicar á la virgen que orase por él. "Id y decidle, respondió la santa, que ha mucho tiempo que está abu-

sando de las bondades de Dios. Cuando he podido he retenido la sentencia que se cernía sobre su cabeza; mas ya no tengo ese poder, y que en ésta vez no se levantará, sino que deberá morir. Decidle que no nos resta más, á mí, que pedir á Dios que tenga misericordia de él, y á él, que se haga digno de ella por un verdadero arrepentimiento." El al fin murió, dichoso si reparó en aquellos instantes supremos las lamentables consecuencias de una mala amistad!

Otra vez la santa obtuvo de un pecador aun más miserable, y de una manera extraña un éxito maravilloso é inesperado. Tratábase de un hombre depravado que se entregaba sin pudor á los más escandalosos desórdenes, sembrando por todas partes el escándalo: hacía mucho tiempo que el cura de Squidam, afligido de tantos desórdenes le perseguía para atraerle á Dios, conjurándole á que pensase en su alma, y esforzándose sobre todo, á animarle á comenzar á hacer una buena confesión. Mas el obstinado pecador respondía á todo ello con burlas y á veces con ira terrible; algunas veces dijo que en su interior no le sería de disgusto confesarse, mas que no hallaba un sacerdote en el mundo á quien se atreviera á confesar sus crímenes: que él quería confesarse con Liduvina, y nada mas que con Liduvina, es decir, que él quería que entre un sacerdote y él la virgen le sirviese de intérprete. Hablaba aquel hombre en esto con seriedad? ó era tan sólo una chanza maligna? lo cierto es que un dia se dirigió á la casa de la santa, y á pesar de la enérgica resistencia que ésta le opuso, hizole la narración completa de las torpezas de su vida. "Y yo quiero, añadió, que hagais vos á vuestro confesor la acusación de todas las iniquidades que acabo de revelaros; así lo quiero, me entendeis?—Pues bien, así será, dijo por fin la

santa; mas con una condición.—Cuál?—Con la condición de que yo os he de imponer una penitencia—Es muy justo Liduvina, mas qué penitencia me dareis?—Antes que os la diga, respondedme: ¿me prometeis cumplir la que yo os prescribiere?—Os lo prometo.—Cualquiera que sea?—Sí, sea la que fuere—¿Y la haréis sériamente, y en todos sus detalles?—Me comprometo á hacerlo así por mi honor—Pues bien! escuchad: ya ni tengo necesidad de decíroslo: sois horriblemente culpable; Dios es bueno, pero es justo: vos habeis acumulado contra su Majestad los más odiosos ultrajes. Pues por tantos delitos mirad la penitencia que os impongo: Esta noche, cuando os pongais en la cama, acostaos sobre la espalda, y permaneced así durante la noche entera, sin hacer absolutamente ningún movimiento, ni á izquierda ni á derecha, sin cambiar un sólo instante de postura." El pecador se echó á reír! Ah! os reis! pues es que hablo sériamente; haced lo que os ordeno, que insisto siempre en ello! Os lo juro, Liduvina, que os obedeceré. . . . tanto más voluntariamente, cuanto que en verdad esta es la penitencia más fácil y más suave que se haya dado jamás. Llegada la noche el hombre se acostó tomando la postura indicada, aplicándose á evitar todo movimiento; mas de ningún modo pudo dormir, porque muy pronto tal postura se le hizo intolerable, al grado que le parecía no haber pasado jamás una noche tan horrorosa. Al mismo tiempo los más serios pensamientos se presentaban á su espíritu. "Un dia vendrá, decíase á sí mismo: un dia vendrá en que con mi voluntad ó sin ella, estaré como al presente, extendido sobre un lecho más rígido aún y más inmóvil que ahora; porque esa será la fria innovilidad de la muerte! Llevarán mi cadáver á la tierra y todo quedará concluido. Riquezas,

houores, placeres, todo habrá desaparecido! No quedará mas que las virtudes ó los delitos. . . . Ah! y cuántos he cometido! Y después?—yo tengo por bueno reir y burlarme,—pero entonces vendrá el juicio de ese Dios justo cuya bondad tanto he despreciado! entonces para mí se abrirá el infierno! y en lugar del lecho de plumas en que ahora me encuentro, vendré á tener un lecho de fuego! en vez de una noche de incomodidad, tendré una eternidad sin fin de espantosos suplicios! También se acordó de Liduvina. Ay! pobre de mí, que me atrevo á quejarme cuando ese ángel de virtud no exhala ni una sola queja! Y qué viene á ser mi penitencia comparada con la suya? qué es ésta inmovilidad de algunas horas, y en sana salud, en el más mullido lecho, y en el que con todo sufro tan cruelmente, comparada con la inmovilidad horrorosa y absoluta de tantos años en aquel miserable lecho de paja, en medio de los más atroces tormentos, y cuando todo su cuerpo no es mas que una horrible llaga! Esas reflexiones acabaron de convertirlo, pues al dia siguiente se presentó á un sacerdote, é hizo con él su confesión; desde ese momento cambió de vida y de allí en adelante vivió como penitente y santo.

Así, y en todo tiempo, y de todas maneras y á todo precio, procuraba Liduvina la salvación de las almas, sin cansarse nunca su celo. Entre aquellos crueles dolores cuya actividad nunca se moderaba, consagraba dias enteros á todos esos visitantes que la rodeaban, escuchándolos, respondiendo á sus dudas, prodigándoles sus consejos, advertencias y súplicas; apremiándoles con tanto más amor cuanto eran más miserables y pecadores. "Ah! vos os estais matando, le decian reprendiéndola después de sus audiencias que la extenuaban, y á la verdad que lo haceis por gentes que muchas ve-

ces no valen la pena!—"Qué decís? exclamaba la virgen: pues ¡qué! Jesucristo no ha dado su gloria, su sangre y su vida por el alma del último de los hombres? Y vosotros contais mis pequeñas fatigas, y querriais que nada hiciese por ellos? Oh! dejadme como él y por él amar un poco, y si preciso es, amar sin medida á aquellos á quien él ha amado tanto, porque el verdadero amor, la excelente y divina caridad, es siempre la salvación de los pecadores."

Si tuviésemos la fé más viva, comprendiéramos mejor que hay un inmenso mérito en convertir un pecador, en preservar una alma de un pecado mortal, ó aunque no fuese mas que de un pecado venial, y tendríamos con esto más celo del bien de las almas!

CAPITULO XIII.

LA EUCARISTÍA.

La fuente de todo amor.—Un nuevo Cura.—Hállase mal preparado.—He dicho nó y nó será.—No mas comunión.—Ah! si yo tuviera la llave del tabernáculo.—La campana.—El santo Vítico.—Siempre inflexible!

SIN duda se habrá comprendido, que el amor ardiente de Liduvina para con los pobres y para con los pecadores, tenía su principio en otro amor más santo y más elevado: era el brillo del amor mismo de Dios, de este amor supremo, infinito, centro y foco, fuera del